

IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile, 2001.

"Ilhas y Novos "Condomínios" en Oporto: Socio- espacialidades y políticas de la diferencia. Una perspectiva crítica para una ciudad mejor".

Paulo Castro Seixas.

Cita:

Paulo Castro Seixas. (2001). *"Ilhas y Novos "Condomínios" en Oporto: Socio-espacialidades y políticas de la diferencia. Una perspectiva crítica para una ciudad mejor"*. IV Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Santiago de Chile.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/iv.congreso.chileno.de.antropologia/31>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/ef8V/FEv>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

“Ilhas y Novos “Condomínios” en Oporto: Socio-espacialidades y políticas de la diferencia. Una perspectiva crítica para una ciudad mejor¹

Paulo Castro Seixas*

La Urbanización y la Metropolización son los dos paradigmas que comprenden el actual proceso de cambio socio-espacial en algunas ciudades del planeta. La transición entre un espacio urbano y un espacio metropolitano se efectúa por una discontinuidad que se refleja en una descontextualización y recontextualización en que para la comprensión de la cual se puede tomar la ciudad de Oporto (Portugal) como laboratorio antropológico y las “Ilhas” y los “Novos Condomínios” como locus específicos de comprensión de tal transición. Pero, además de los cambios socio-espaciales, se tiene que comprender el cambio ideológico y se puede comprender el Cuerpo y el Espectáculo como las metáforas por las cuales un mundo entendido como organismo se asoció a la urbanización en la producción socio-espacial y política de una ciudad higiénica de expiación y como un mundo entendido como espectáculo se asoció a la metropolización en la producción socio-espacial y política de una ciudad espectacular de rescate.

1. Paradigmas socio-espaciales y proceso de cambio

1.1. Urbanización y metropolización

Tomando como punto de partida diversas alteraciones espaciales, sociales y culturales que de uno y de otro lado del Atlántico han venido a afectar la experiencia del espacio y de los lugares, específicamente, en las

ciudades, se elaboró como hipótesis el posible cambio de paradigma socio-espacial.

El cambio de paradigma socio-espacial ha sido la interpretación que ha intentado dar coherencia a las diversas alteraciones espaciales de los lugares urbanos desde la segunda mitad del siglo XX, y con un mayor énfasis en las últimas tres décadas. En una perspectiva, se interpretó tales alteraciones como una fase más del proceso de expansión de la forma urbana tal cual los ecólogos de Chicago habían sugerido; en cambio, otra perspectiva vio en esas alteraciones un proceso nuevo que se denominó desurbanización o contraurbanización. A pesar de la valía heurística de tales interpretaciones, se afirmó antes que en los encontramos ante la desaparición de un modelo socio-espacial y la emergencia de otro, que, siguiendo algunos autores como Mark Gottdiener, François Ascher y Guido Martinotti, podemos intentar definir con epítetos como Región Urbana Polinucleada, Metrópolis de segunda y de tercera generación y Metápolis.

Considerando entonces que se está ante el fin de la hegemonía de la figura de la ciudad y del proceso de urbanización, y ante la emergencia de la figura hegemónica de la Metrópolis o la Región Urbana y del proceso de metropolización, se hace necesario evidenciar que no se trata de una diferencia de grado, más sin de sustancia, ni que tampoco se trata de una diferencia meramente cuantitativa, pero sí cualitativa. Fue ese el esfuerzo que se hizo, explorando los vectores que se consideraban capitales en los de los paradigmas y que el cuadro siguiente evidencia:

* Universidade Fernando Pessoa
pcseixas@hotmail.com

CUADRO I

Espacio Urbano	Espacio Metropolitano
nudo comprimido y continuo	región desconcertada y discontinua
urbanismo compacto	urbanismo portátil
ciudad pedestre y de localidades ("walking city")	deslocalización automovilizada y de glocalidades ("car-city")
ciudad habitacional y de trabajadores zonas de criterio económico y social	ciudad de consumidores zonas de criterio narrativo y temático

Cualquier entendimiento de un cambio de paradigma socio-espacial producido en el propio momento histórico en que acontece, sólo puede ser un intento aproximativo. Sin embargo, si se pretende comprender lo que está cambiando en el nivel de la experiencia del espacio y del lugar, además de evidenciar estructuras que se desmoronan y estructuras que emergen, se vuelve necesario comprender el propio proceso de cambio de paradigma en tanto dinámica social.

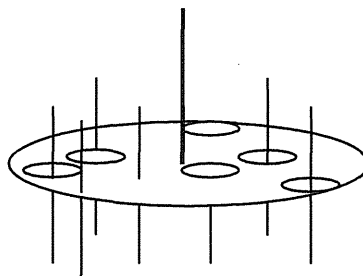
1.2. *Discontinuidad, descontextualización y recontextualización*

Cuando se habla de la transición de un paradigma socio-espacial que envuelve una región internacional a un nivel central, los Estados Unidos de América, Europa, así como algunas zonas periféricas a un nivel metastásico, es necesaria una reflexión antropológica sobre la complejidad cultural de los flujos entre campos diversos, locales y globales, intra y transnacionales, centrales y periféricos. Procurando conceptualizar tal proceso de transición, se propone entonces la noción de discontinuidad para comprender la socio-espacialidad de la transición y se intenta apalabrar esta discontinuidad a través de mecanismos de asincronismo entre los varios campos, al nivel central y periférico, local y global. Es en este periodo de discontinuidad y de asincronismo que se dan los procesos a los cuales se ha denominado (in)discusión y (in)distinción, descontextualización y recontextualización.

Se concibe gráficamente una discontinuidad cuando, en el modelo de sociedad representado por un sistema de discos (campos sociales) en torno de un eje central (en principio una entidad nacional), se da una asincronicidad de rotación. En un sistema-mundo no tenemos un único eje, pero si un sistema de ejes, por ventura como un eje motor, lo que complejifica los problemas de la (a)sincronía. El gráfico inferior, con la representación de un único campo social da una idea de

la complejidad del sistema de (a)sincronías entre discos del mismo eje de discos, y de diferentes ejes bajo la influencia de un eje central de un país o de una región motora.

Esquema. I



La comprensión de un periodo de discontinuidad, resultado de una asincronía, pasa por la confusión de referencias, bien en el nivel socio-espacial, bien en el nivel reflexivo, el sea, una confusión en la acción y el pensamiento social. Esta crisis identitaria crea un horizonte de posibilidades de despersonalización, desocialización y desculturación pero, al mismo tiempo, activa en cada uno, en los grupos y las instituciones, la lucha por la persona, por la sociedad y por la cultura. O sea, el peligro o el riesgo de un horizonte de indistinción y de indiscusión da como resultado inseguridad, y esta en tentativas diversas de discusión y de distinción que propician una descontextualización y una recontextualización por vía de estructuras de sentido y estructuras socio-espaciales hegemónicas que originan un nuevo paradigma y una nueva sincronía.

La comprensión antropológica de los paradigmas y de la actual discontinuidad implicaba: a) en función de los impedimentos y determinantes externos presentados, la elección de un terreno antropológicamente metafórico donde, a través de una multietnografía intensiva, se pudiese comprender los paradigmas y la discontinui-

dad en el contexto mundial; b) la atención a la cuestión de las escalas, procurando un diálogo entre contextos micro (situaciones sociales metafóricas), contextos de ámbito medio (ciudad-área metropolitana) y contextos macro (flujos transnacionales con origen en las regiones centrales y ciudades mundiales); c) y una atención a la dialogía entre estructuras y actores, concediendo a cada uno de ellos la autonomía necesaria. Es, teniendo en cuenta estos diversos aspectos, que se ha considerado Porto, ciudad semi-periférica que es un mosaico de permanencias socio-espaciales, como laboratorio antropológico de los paradigmas socio-espaciales en proceso de cambio. Las «ilhas» y los «novos condomínios», por otro lado, han sido concebidos como contextos cronotópicos el heterotópicos, el sea, al mismo tiempo locales específicos y espejos de otros espacios y de otros tiempos (de la ciudad como un todo, de otras ciudades y de determinados tiempos). Finalmente, estos mismos contextos heterotópicos se constituyen como puntos de acceso entre las estructuras de sentido higiénicas y publicitarias y las narrativas de hábitat construidas por sus habitantes. Y es en todos estos aspectos que lo local, sin dejar de ser local, es el espejo de lo global.

2. El Porto urbano y metropolitano como laboratorio antropológico

2.1. Los tres urbanismos portuenses: estructuras antropológicas o de la diferencia

Tres urbanismos diferentes se manifiestan en la ciudad de Porto, constituyendo en el espacio los tiempos de una cosmogonía urbana. Hay un Porto antiguo, de raíces medievales, como un punto de energía comprimida; hay un Porto moderno que derriba las murallas en el siglo XVIII y que se extiende afuera de ellas en una especie de explosión solar que disuelve las aldeas, los lugares y las fincas en el insaciable cuerpo de la urbe; y hay un «Grande Porto» sobremoderno y metropolitano, de una ciudad de finales del siglo XX que se ha vuelto región, red de ciudades en red, en una malla de puntos que se asemejan al espectáculo de un sistema solar.

Cada uno de estos urbanismos, antiguo, moderno y metropolitano, se relaciona con una estructura

antropológica o una estructura de la diferencia. La diferencia es antes de nada, ecológica, siguiendo la relación dentro-fuera, ciudad alta-ciudad baja y ciudad-suburbios. Pero, cuando esta base ecológica de la diferencia se agota, surgen imaginaciones infernales o paradisíacas que reinstalan en el espacio los lugares de la diferencia. La imaginación higiénica hizo de las «ilhas» los espacios expiatorios a partir de finales del siglo XIX, tal como la imaginación de la calidad de vida hace de los «condomínios» los espacios de refugio a finales del siglo XX. Ambas estrategias de la diferencia evidencian diferentes construcciones de la ciudadanía en una sucesión de fracturas el *apartheids* urbanísticos. Y comprender esos *apartheids* urbanísticos en la construcción de la ciudadanía es contribuir para ultrapasarlos en una ciudad más multicultural, en un verdadero urbanismo antropológico de edificios, calles y barrios multiculturales que se vuelve imprescindible reivindicar en la construcción de una ciudad mejor.

La ciudad antigua, intramuros, de la «Sé», de la «Ribeira» y del «Barredo» es ahora Patrimonio de la Humanidad. Pero la ciudad antigua era también la ciudad de los arrabales, del «Olival» y de «Miragaia». Es un espacio de casas en colmena, que parecen encabalgarse unas en las otras. Y, en los espacios sobrantes, se diseñan callejones («vuelas»), escaleras, patios y plazuelas. Es un urbanismo medieval en que la calle es una extensión de la casa. Incluso en casa, en la ventana o en los balcones, se extiende el mirar para fuera, participando del movimiento de la calle. La calle es el lugar donde se prolonga la vida doméstica, lugar para comerciar, conversar, pasear o, simplemente estar. Esta ciudad tradicional, definida por la muralla y sus arrabales, se desmoronó con el flujo de gentes en el final del siglo XVIII. Se derriba entonces la muralla y surge la indistinción entre el dentro y el fuera, la ciudad y el campo.

Pero la revolución urbanística de los Almadás dibuja calles rectas en dirección al horizonte, al progreso y al infinito. Y la relación dentro-fuera se renueva en una ciudad nueva: la «Cidade Alta» por oposición a la «Cidade Baixa». Es el Porto moderno que se esboza. La «Praça Nova» substituye la «Praça da Ribeira» como centro burgués de la ciudad. La «Rua de las Flores» permite la unión entre los dos mundos y, a partir de la «Praça Nova, da Batalha, do Olival» se rasgan, como en una estrella en explosión, las calles de esta nueva ciudad. Ya en 1813 Porto estaba transformado: Es la «Rua do Rosário», la «Rua de Cedofeita», la «Rua do Almada», la «Rua do Bonjardim», la «Rua de Santa

Catarina», la «Rua Direita de Sto Ildefonso» ... Esta es la ciudad construida sobre el elogio de la fuga de una ciudad baja, ribereña, que se degradaba y descalificaba en la acumulación de gentes. Pero fue por poco tiempo que los burgueses consiguieran huir. En la segunda mitad del siglo XIX, la ciudad alta, burguesa, se llenaba ya de los que, llegados del campo, se relacionaban con la ciudad y con su crecimiento industrial. Esta sobreposición en el mismo espacio de dos poblaciones creaba en el entorno un problema de indistinción socio-espacial por la disolución de la diferencia entre el dentro y el fuera que se volvía a dar en la relación: ciudad alta-ciudad baja... . Fue esta indistinción que hizo surgir la idea de Higiene... como forma de distinción.

Casi un siglo después de iniciarse la construcción moderna de Porto, la ciudad encuentra sus límites. Es la circunvalación que, en 1895, establece los límites definitivos de la ciudad. La ciudad se define y la región comienza a esbozarse. La circunvalación es así la marca simbólica que renueva la diferencia dentro-fuera por la relación que reinstaura entre ciudad y suburbios. Las vías ferroviarias y rodoviarias, tal como los puentes, fueron acentuando la diferencia entre ciudad y suburbios a lo largo del siglo XX. Los trenes y los Americanos en el inicio del siglo; los motociclos y los automóviles ya en la segunda mitad del siglo fueron regionalizando la ciudad, pero manteniendo siempre Porto como centro. Porto creció como metrópolis. Matosinhos, Gaia, Maia y Gondomar crecen al mismo tiempo que la propia ciudad de Porto, incluyendo en sí a aquellos que Porto excluía.

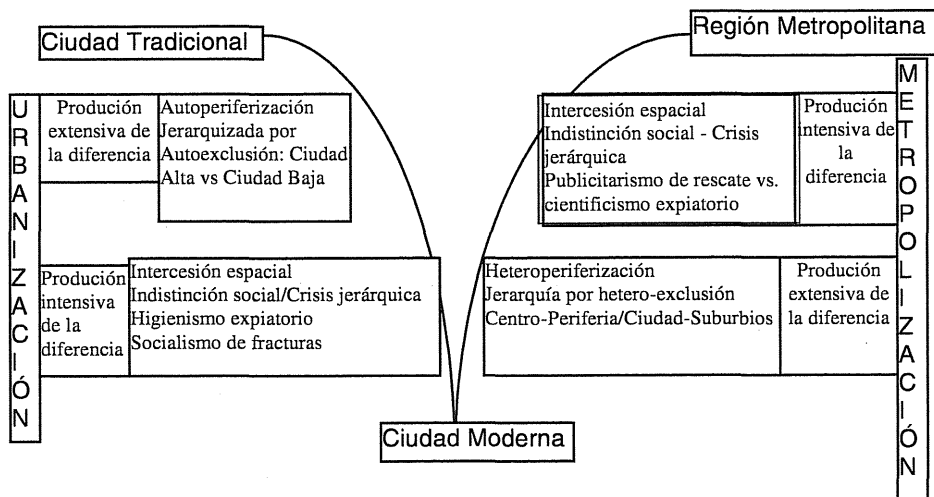
Pero, a partir de los años 40, los municipios limítrofes

crecen ya más que la propia ciudad central. Y, a partir de los años 60, a aquellos que la ciudad excluía en los suburbios, se sobreponen cada vez más, los que escogen, de libre voluntad, los suburbios para vivir mejor. En los años 80 y 90, las vías rápidas y las autopistas, las grandes superficies comerciales, los *shoppings* y otras infraestructuras como las educativas y laborales, plasman en el espacio metropolitano la evidencia de la regionalización de la vida cotidiana. Pero con esta regionalización, más de una vez, resurge la posibilidad de un sentimiento de indistinción socio-espacial por la disolución de la diferencia entre ciudad y suburbios... . Es esta indistinción que está en el origen de la idea tan importante de la calidad de vida... y es esta que hace ahora la distinción.

De esta manera, hay 3 urbanismos portuenses... Y cada uno de ellos se asocia con una estructura antropológica El una estructura de la diferencia. En el «Porto Antigo», la muralla establecía la diferencia entre el dentro y el fuera. Y esa diferencia espacial era, a la vez, una diferencia social y moral. El proceso de urbanización desmoronó esa diferencia al mismo tiempo que derribó las murallas de la ciudad antigua. En el «Porto Moderno», la ciudad alta-ciudad baja toma la vez del intramuros y extramuros para luego disolverse apelando a la imaginación higienista en la construcción cultural de la diferencia. En el «Porto Metropolitano», la diferencia ciudad-suburbios es también efímera y cuando la ciudad se convierte definitivamente en región es a la imaginación de la calidad de vida que se apela en la construcción cultural de la diferencia.

Esq. II
La Producción Cultural de la Diferencia

La Producción Cultural de la Diferencia



2.2. «Ilhas» y «novos condomínios»: contextos heterotópicos y puntos de acceso

Es en estos imaginarios de la Higiene y de la Calidad que el proceso de urbanización se distingue del proceso de metropolización, en la construcción cultural de la diferencia. En la urbanización, es el otro desfavorecido que, acudiendo a la ciudad es difamado por una imaginación que instituye las «ilhas» como espacios expiatorios de todo cuanto en la ciudad es negativo. Al contrario, en la metropolización, el yo hegemónico favorecido que, huyendo de la ciudad, se exhorta en un imaginario que inserta en los nuevos «condomínios», privados, reservados, exclusivos, etc. los espacios de ruptura de todo cuanto una ciudad puede tener de positivo.

Las «ilhas», cuyos orígenes se remontan probablemente a los «becos» medievales, que son pequeños corredores o patios rodeados de casas térreas y pobres. Cuando las murallas de la ciudad tradicional se derribaron, las «ilhas» acogieron a aquellos que antes quedaban del lado de fuera. En la última década del siglo XX, son cerca de setecientas en toda la ciudad pero continúan a ser, como siempre fueron, lugares ocultos o disimulados. Portones como si fueran de fincas, puertas que aparentan ser de casas burguesas o de sus fincas, entradas de cualquier edificio actual de la clase media, accesos de garajes... En fin, toda un lenguaje disimulado e hipócrita que posibilita la desca-

lificación al mismo tiempo que la oculta del mirar. Pero, como si no bastase que la ciudad permitiese la miseria del Otro y la ocultase, aún creó una imaginación higiénica degradante que anunciaba, y por veces aún anuncia, las «ilhas» como un lugar infernal: espacio de pobreza, pero también de insalubridad, de enfermedades, de criminalidad y de inmoralidad. Las «ilhas» se han convertido, de esta manera, en espacios expiatorios por excelencia de la ciudad moderna, lugares de una muralla invisible que apunta, en el interior de la ciudad, los lugares de la no-ciudad o los no-lugares.

Sin embargo, cuando la ciudad moderna se transforma en región metropolitana, la expiación deja de tener sentido, pues la unidad de la ciudad a redimir se ha disuelto cuando la ciudad se extiende en el espacio y se pierden de vista sus límites. Ahora ya no es la localización de la degradación del Otro que puede salvar la ciudad, y es antes el yo hegemónico que procura una ciudad mínima y de refugio ante la no-ciudad de la extensión informe que, por todos los lados, los envuelve. Son los nuevos «condomínios» que se anuncian: se denominan «Condomínios Fechados, Privados e Reservados», pero también «Urbanizações, Quintas ou Parques Residenciais...» Ofrecen el paraíso. Son «Paços» y «Palácios», son «Quintas» y «Jardins» o son también «Places» o «Villages»... En la extensión metropolitana, pero siempre cerca de cualquier autopista o en el medio de la ciudad, nos hacen creer que seremos siempre turistas en continuo fin de semana o extranjeros de

vacaciones. Cerrados y seguros, viviremos libres una vida al aire libre. Y todos allí seremos jóvenes, practicaremos deporte y viviremos felices... Por veces, son apenas edificios como tantos otros. Pero, otras veces, son verdaderos castillos urbanos con viaductos privados en vez de los antiguos puentes elevadizos. Unos están en el medio de la ciudad, en cuanto otros están en un área agrícola o a la orilla del mar... Nos prometen el espectáculo de ofrecernos una vida de ensueño. Y, en una nueva ciudad amurallada los sueños y los ojos se cierran a la gran extensión urbana informe que más allá del sueño se extiende.

Las «ilhas» y los nuevos «condomínios» son así heterotopías urbanas en tanto lugares que, no dejando de ser específicos, configuran una sobreposición de otros lugares. Las «ilhas» mezclan la ruralidad y la urbanidad, entretanto los nuevos «condomínios» mezclan la localidad y la globalidad, creando, así, las primeras una liminaridad rurbana y los segundos una liminaridad glocal. Y es en este sentido de heterotopías que las «ilhas» y los «novos condomínios» represen-

tan, respectivamente, el mundo de la urbanización industrial y capitalista que tiene Manchester como modelo y el mundo posindustrial y posfordista que tiene a Los Angeles como modelo. Sin embargo, mas allá de lugares espejo de otros lugares, las «ilhas» y los «novos condomínios» son también puntos de acceso entre una urbanidad y una metropolitaneidad o cosmopolitaneidad instituidas y una urbanidad y metropolitaneidad construidas. De hecho, es en los contextos liminares como el pasillo o el patio, en el caso de las «ilhas» y sus áreas comunes, y también en el caso de los «novos condomínios», que juegan las estructuras socio-espaciales y de las ideologías higienicas con las construcciones de sentido expresas en las narrativas del hábitat. Es el juego adaptativo, hecho de acomodaciones y asimilaciones varias, que crea, de hecho, las socioespacialidades en que vivimos, aunque se tenga que tener en cuenta que determinados universos ideológicos se constituyen en cada época como políticas hegemónicas de la diferencia.

Cuadro II

Paradigmas socio-espaciales	Ciudad - Urbanización	Región Urbana - Metropolización
Estructuras socio-espaciales de identificación Urbanidad-Suburbanidad Estructuras de sentido o reflexivas de identificación	Ruralidad-Urbanidad Localidad-Cosmopolitaneidad Higienismo - Socialismo	Cientificismo - Publicitarismo
Puntos de Acceso o Heterotopías Urbanas Barrios Sociales	Barrios Obreros «Novos Condomínios»	
Contextos de construcción de la liminaridad rurbana y glocal Narrativas de Hábitat / Ritual transgeneracional	Pasillo / Patio Nido y Concha	Áreas comunes Evasión y Castillación
Políticas hegemónicas de la diferencia	Higienismo Expiatorio	Publicitarismo de Resgate

3. Del cuerpo al espectáculo: descontextualización, recontextualización y políticas de la diferencia

Se tomó la ciudad de Porto como laboratorio y las «ilhas» y los «novos condomínios» como lugares-modelo de construcción social de paradigmas y de su transición, bien en términos de sentido nombrados, espaciales y

vividos, bien como puntos de acceso hacia las estructuras socio-espaciales y de sentido. Y esta estrategia de investigación me permitió pensar la transición de la ciudad para la metrópolis de una forma global.

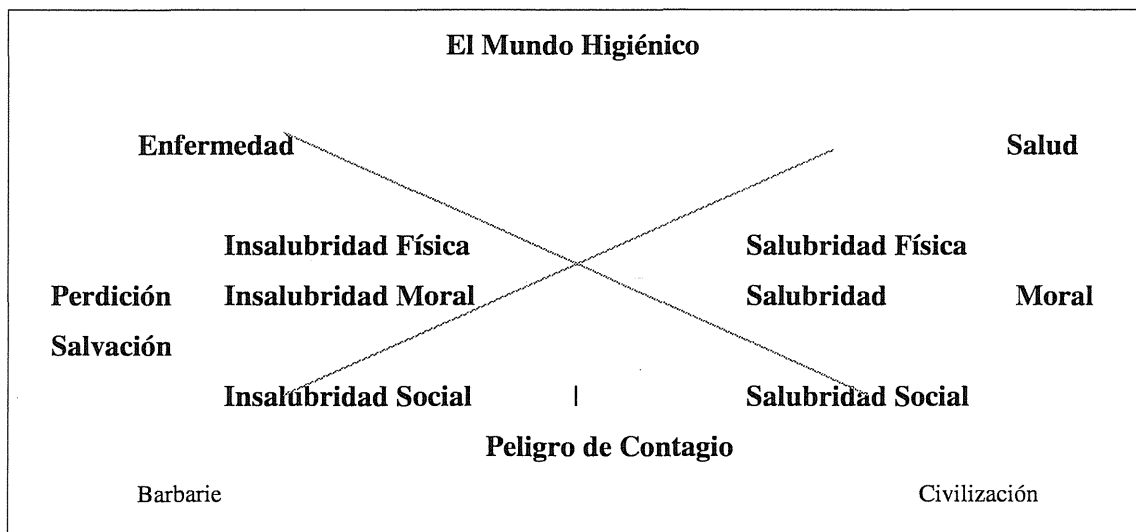
3.1. El mundo como organismo y la ciudad higiénica

La ciudad en el siglo XIX es, la mayoría de las veces, entendida como un organismo vivo, y es este organismo que es necesario estudiar, describiendo sus fuer-

zas y diagnosticando sus flaquezas. La metáfora orgánica se vuelve central, siendo la higiene el sistema pericial urbano por excelencia, y los médicos-sociales sus principales especialistas. El organismo, extensión del cuerpo humano, es el signo descontextualizador de la ciudad que se sobrepone y sustituye al mecanismo y extensión del reloj, signo normalizador del mundo urbano desde el siglo XVII. Como dice Giddens (1995), el vaciado del tiempo es, en gran medida, la precondition para el vaciado del espacio. La metáfora mecánica y el reloj diseñaron zonas uniformes en el día, la metáfora orgánica dibujó zonas uniformes en el espacio. La ciudad toma, muchas veces, las diferencias inherentes a cualquier organismo, convirtiéndose literalmente en un espacio vital: el centro y la periferia se distinguen por círculos sucesivos en Manchester, en Porto, en Chicago, ...; una ciudad occidental se distingue de una oriental en Londres, en Porto, en París, ...; una ciudad alta se distingue de una ciudad baja Aparentemente, estas divisiones - dicotómicas las más de las veces - que atraviesan diversas ciudades de uno y otro lado del Atlántico, surgen espontáneamente pero, de hecho, ellas son contemporáneas del cambio de una *weltanschauung* mecánica, paradigmaticada por el reloj, para una *weltanschauung* orgánica, paradigmaticada por el cuerpo humano que una "medicina de los órganos" introdujo como modelo de base de análisis del mundo. Así, el modelo orgánico hegemónico se refleja en el espacio construido y practicado de la ciudad como una ideología en acción, siendo difícil desenvolver una relación simple causa-efecto entre ciudad practicada y ciudad pensada.

La dialéctica ciudad pensada - ciudad practicada, centrada en el paradigma del organismo, constituye un cambio en la política de la diferencia. En una ciudad aprendida segundo el paradigma del mecanismo, todo el mal funcionamiento del mismo deriva de una influencia exterior nefasta. En tales circunstancias, el sistema de regulación entre el exterior y el interior era activado, cerrándose la ciudad completamente sobre si misma e impidiendo así, por un lado, la continua entrada de los elementos nefastos (personas, miasmas, etc.) y, por otro lado, la salida de cualquier elemento en la expectativa de que el mal se manifestase y fuese eliminado públicamente, siendo el fuego el elemento purificador más repetidamente usado. Los diversos cambios ocurridos en la transición del siglo XVIII para el XIX impedían la continuación de la misma política de la di-

ferencia y hacían necesario un nuevo paradigma que legitimase el cambio. Este nuevo paradigma se constituye a partir del saber médico, congregando los avances de la medicina y de otras ciencias auxiliares en un sistema pericial específicamente centrado en los problemas urbanos, denominado «Higiene». Es el hospital que sale de si mismo, convirtiéndose toda la ciudad en hospital. Los higienistas son, mayoritariamente, médicos-sociales, o sea, una clase de médicos que se atribuyen a si mismos la responsabilidad de policar, diagnosticar, enjuizar y ortopedizar la ciudad como un todo, en la pluralidad de sus problemas, no siendo aquella sino un cuerpo a abrir para diagnosticar los problemas y extirparlos. La regulación entre el interior y el exterior no desaparece, pero se altera substancialmente: Es el interior ahora que tiene que volverse completamente visible en sus llagas para que, después, se puedan centrifugar los elementos nefastos para el exterior. En la sociedad medieval, la organización espacio-temporal de la ciudad excluía la diferencia para fuera de las murallas y cuando, coyunturalmente, la incluía le atribuía el no-lugar de la prisión, metonímica del exterior atemporal y aespacial. La diferencia del criminoso y del leproso era, además, la del liminar entre los humanos y las bestias, reales e imaginarias. La sociedad moderna se abre al Otro por su gradual inclusión en la organización espacio-temporal, al mismo tiempo que deslocaliza el ego por la descontextualización que la abertura espacio-temporal propicia. El organismo incluye más fácilmente las deficiencias sin morir, de que el mecanismo los defectos sin parar. La metáfora higiénica de la ciudad-organismo se inserta en esta relación pericial análisis-diagnóstico-prescripción y posibilita así la sustitución de una legitimación del cambio urbano en función de la tradición, por una legitimación en función de la prospección, proyectando siempre el lugar del Otro en la periferia de una organización espacio-temporal más vasta. Esta sustitución de la tradición por la prospección posibilita también que la exclusión de la diferencia se sustituya por la inclusión disciplinada de la diferencia



El mundo higiénico, basado en la homología entre organismo y sociedad, convierte en análogas la salud y la civilización por un lado, la enfermedad y la barbarie por otro. Además de eso, a partir de indicadores demográficos y otros como los calificadores del grado de civilidad por los índices de criminalidad, por la tasa de natalidad y de otras cualidades sociales, se crea una correspondencia entre (in)salubridad física, social y moral como salvación o como perdición. Esta visión higiénica del mundo establece una tensión esencial que se puede concebir como un permanente peligro de contagio de la civilización por la barbarie y de la salud por la enfermedad. El Otro, asociado ahora a la enfermedad, deja gradualmente de hacer parte de un estado de diferencia radical, condenado por sus señales a la exclusión-reclusión, para ser insertado en un espacio-tiempo más abstracto que unifica cada vez más el yo y el otro en el mundo humano, relativizando las diferencias absolutas de humanidad existentes en la era pre-moderna. Entre tanto, a los estados de humanidad y no humanidad, se sustituye una relación de diferencia basada en las diferencias entre pasado y presente, y entre centro y periferia. El Otro es, entonces, asociado a la barbarie, no siendo la enfermedad sino un síntoma de su lugar periférico en la nueva escala espacio-temporal de las diferencias. No pudiendo ser eliminado del mundo humano, puede mientras tanto, ser erradicado para un espacio-tiempo periférico que es ahora adecuado a la moderna definición de la diferencia. Fue la apertura gradual de las ciudades en la era moderna,

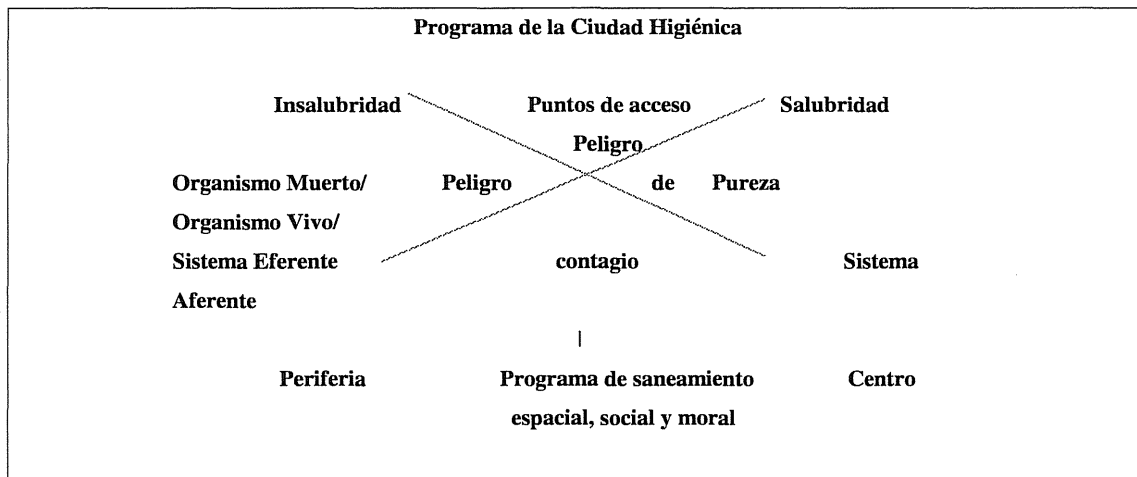
por la presión del industrialismo y del capitalismo, que permitió la apertura del yo al otro y la gradual humanización del otro que comprende actualmente una escala planetaria, pero esta nueva relación con el otro sólo sería posible mediante la construcción de nuevos sistemas simbólicos que aseguraran los nuevos estatutos de la diferencia. Es todo un proyecto antropológico, en el sentido literal, que está en la base de esa descontextualización espacio-temporal de la diferencia y en que las perspectivas iluministas del progreso y románticas de la degenerescencia y toda la construcción socio-histórica de carácter evolucionista y difusionista tiene como lugar común, a pesar de todas sus desacuerdos, la unión del humano en un espacio-tiempo extremadamente abstracto, al mismo tiempo que aseguraba al Otro la periferia de ese mismo espacio-tiempo.

Teniendo en cuenta este cuadro, todo un programa para la ciudad higiénica es puesto en marcha. La cuestión de la diferencia toma una pertinencia específica en las ciudades, en que la tensión entre un mundo basado en presupuestos mecánicos y un mundo basado en presupuestos orgánicos es más manifiesta. Desprotegida de las murallas medievales e invadida por oleadas humanas cada vez más numerosas, la división entre exterior e interior se convierte, cada vez más, tenue y difícil de establecer. La propia noción de "extraño" como Simmel discernió es alterada, poniendo así en causa el lugar de la distinción entre el ego y el otro y el de todos los niveles intermedios entre uno y otro que una

perspectiva mecánica y estática legitimaba. La ciudad era, así, el lugar de la "tensión esencial" entre un mundo que se desmoronaba y un mundo que emergía. El anti-urbanismo, asociado a una cierta idea de ciudad-monstruo y a una nostalgia de una Edad Media Rural, convivía con posiciones apasionadamente pró-urbanas, caracterizando la ciudad como lugar de civilización, estímulo de intercambios entre individuos, local de la inteligencia y de la excelencia artística. Confrontados con esta tensión de miedo y fascinación por la gran ciudad y reflejando en sus propios escritos esa ambigüedad paradossal, los higienistas impusieron la metáfora del organismo a la ciudad sin crear una fractura total en relación a la *weltanschauung* mecánica anterior y, principalmente, al papel de la relación interior-exterior como clave de la política de la diferencia. De hecho, el programa de saneamiento espacial, social y moral puesto en práctica por los higienistas establece una homología prospectiva entre espacios ciudadanos

y estados diferenciales físicos, sociales y morales. Si la ciudad se concebía como un organismo, el centro de ella equivaldría al sistema aferente de ese organismo, por contra su periferia podría corresponder al sistema eferente. Toda la lógica de la saneabilidad de las ciudades, en sentido amplio, instituida por los higienistas no es sino la de un sistema de filtración mediante el cual se establecen diferentes "puntos de acceso" reguladores de las transacciones físicas, sociales y morales entre la ciudad y la periferia y que, sustituyendo las murallas derribadas, puedan reponer la necesaria distinción amenazada. En este programa de la ciudad higiénica, el centro debería ser el lugar de la salubridad espacial, social y moral, mientras que la periferia sería el lugar de la centrifugación de la insalubridad, asociándose así el centro a la pureza y la periferia al peligro. Entre un espacio y otro, una serie de puntos de acceso se establecen en el control del contagio entre el yo y el otro, en la sustitución de las antiguas murallas medievales.

Esq. IV



3.2. El mundo como espectáculo y la ciudad espectacular²

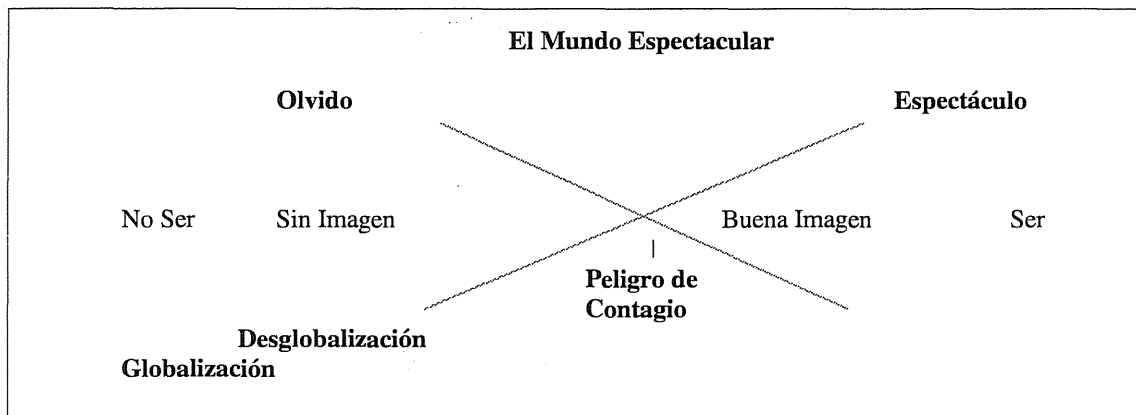
Si el urbanismo moderno se hizo a imagen de un modelo mecánico dominado por el vaciado del tiempo y, después, a imagen de un modelo orgánico dominado por el vaciado del espacio, a partir de la segunda mitad del siglo XX, comenzamos a asistir a una descontextualización/recontextualización realizada por las formas de comprensión espacio-temporal en heterotopías espectaculares. El espectáculo, extensión

del palco y después de la pantalla, es el signo descontextualizador que se ha venido a sobreponer al organismo. El espectáculo es, de hecho, el resultado del vaciado del tiempo y del espacio de la subsecuente constitución de cronotopos, o sea, de nexos privilegiados en que unidades temporales se cruzan con unidades espaciales. Las ciudades construyen, cada vez más, una determinada imaginaria en que una ciudad imaginaria se adhiere a una ciudad vivida en función de la introspección y proyección de figuras estructurales o coyunturales como las de "ciudad histórica"; "ciudad-museo"; "ciudad universitaria"; "capital del gó-

tico"; "ciudad del futuro"; "capital de la cultura"; "ciudad patrimonio de la humanidad", "ciudad de la exposición universal", "ciudad del campeonato mundial de fútbol", etc.. Estos epítetos que vienen a sustituir, en el final del siglo XX, las dicotomías internas de la ciudad orgánica del siglo XIX y la dicotomía dentro-fuera de la ciudad mecánica anterior, representan bien una nueva *weltanschauung* espectacular en que el espacio practicado y vivido de cada ciudad, o algunos lugares de ese espacio, se mezclan normalmente con un determinado tiempo interno o externo, estructural o coyuntural, de forma que constituyan un nexo espacio-temporal capaz de proporcionar un *prime time* en la cronogeografía regional, nacional, internacional o mismo mundial, que va orientando el espectáculo del mundo y el mundo como espectáculo. La ciudad pensada y practicada según el principio del espectáculo implica un cambio en la política de la diferencia. En la ciudad dominada por el principio del mecanismo, tal como en la dominada por el principio del organismo, era la noción de interior y de exterior - aunque con matices diferenciados - que posibilitaba la regulación de la ciudad. Los sistemas de regulación mecánico y orgánico *hacían ver* la ciudad marcada respectivamente por: el espacio-límite de la muralla y los tiempos de apertura y cierre de puertas, y por la proliferación de *puntos de acceso* higiénicos como formas de disciplinar la ciudad. En uno y otro de los casos, era aún una política de la diferencia de carácter expiatorio que disciplinaba la ciudad. Entre tanto, los diversos cambios ocurridos durante el siglo XX y que llevaron a una comprensión del espacio-tiempo, cambiaron la concepción de periferia espacio-temporal que utilizaba el sistema de regulación orgánico, algo cada vez más difícil de establecer. Se hizo necesaria una nueva política de la diferencia adecuada a un nuevo paradigma socioespacial en emergencia. Los sistemas urbanos mecánicos y orgánicos habían usado estrategias de visibilidad o de *hacer ver* como elementos centrales de sus políticas de la diferencia (las murallas y los portones, así como el sistema médico-policia inquisitorial). El sistema urbano pós-industrial y pós-moderno va a convertir en autónoma esa misma estrategia de *hacer ver* o de espectacularización como

principio de flexibilización en que el dentro-fuera y el centro-periferia son ahora gestionados como espectáculo - olvido, palco, bastidores -, asociándose a una cierta idea de hiperealidad de pantalla como la única realidad. Es la pantalla que sale de sí propia convirtiendo toda la ciudad en una pantalla. El principio del espectáculo se conforma a partir de la autonomización de un saber específico que, congregando los avances del marketing, de los media y de la publicidad como potenciadores de diversas artes y ciencias aplicadas, origina un saber pericial comunicacional que también abarca los problemas urbanos y que puede denominarse sistema mediático-publicitario. La sociedad moderna llega a su límite con la globalización, ideológica sin duda, pero también económica, tecnológica, cultural y política. En el nuevo cuadro global, una determinada jerarquía rígida y lineal del sistema-mundo se va desmontando y las regiones internacionales antes concebidas como centrales dieran lugar a las ciudades mundiales que, en una región central o no, pasan a tener funciones centrales, mezclándose así la centralidad y la periferia. Por otro lado, al nivel del cuadro urbano local, las ciudades industriales se han transformado en metrópolis, en conurbaciones y en regiones urbanas polinucleadas, dejando también, cada vez más, de tener sentido una rígida diferenciación entre centro y periferia, por la pluralidad y continua portabilización de los mismos en un espacio urbano en continua reestructuración. De hecho, en el sentido en que el espacio del planeta es abarcable en segundos por la tecnología digital, la concepción de un "exterior" o de una periferia en sentido absoluto es ya solo estratosférica. Ahora bien, es esta deslocalización de la noción de centro y de periferia que la metáfora del espectáculo utiliza, aprovechando las oportunidades cronotópicas (locales y globales), para transformar cualquier *aquí y ahora* en un palco hiperreal y espectacular que se vuelva centro del mundo. Cada espectáculo conseguido para un *aquí y ahora* convierte a ese lugar en el único y verdadero, significándolo como un lugar globalitario y transformando el resto del planeta, durante aquel periodo de tiempo, en mera extensión vetada a la desglobalización y el olvido.

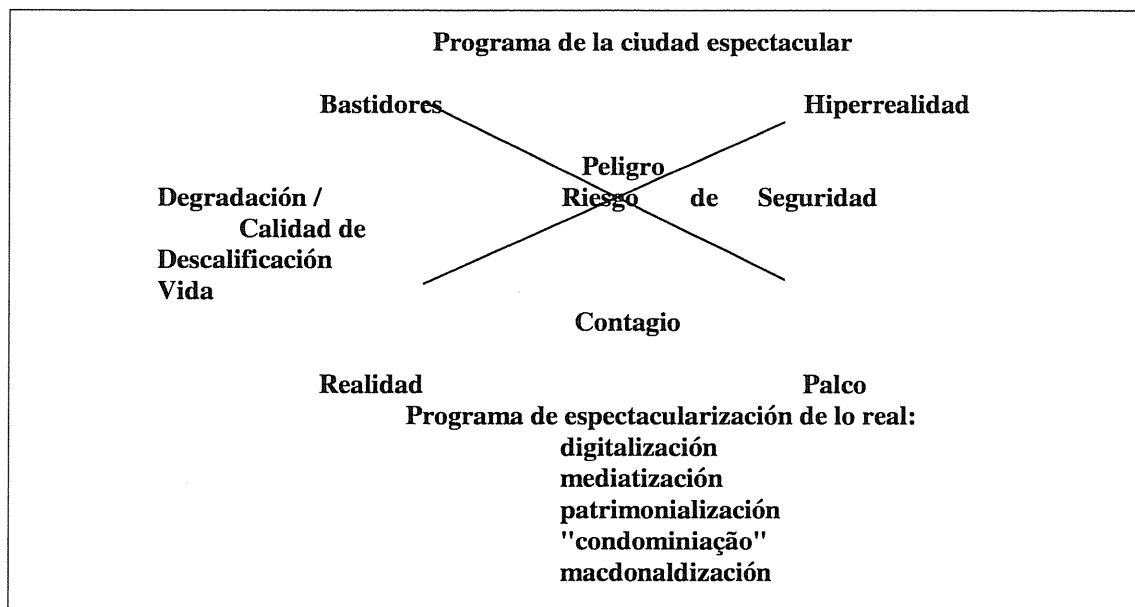
Esq. V



La espectacularización del mundo es, entonces, esta búsqueda de nexos espacio-temporales específicos, de oportunidades para imprimir un *prime time* en un lugar que lo haga globalitario frente a la desglobalización y al olvido de toda la restante extensión espacial y temporal. El mundo espectacular, basado en la homología entre espectáculo y sociedad, vuelve análogos el espectáculo y la globalización por un lado, y el olvido y la desglobalización por otro. El Otro deja de estar en cualquier periferia espacial o temporalmente definida de forma definitiva, para poder sumergirse en cualquier extensión espacio-temporal que, debido a impedimentos coyunturales, fue relegada al olvido y a la desglobalización frente a cualquier cronotopos que emerge como espectacular. El Otro no es ya aquel entre los dioses y las cosas como en el mundo pre-moderno, ni aquel entre los civilizados-saludables y los bárbaros-moribundos como en el primer mundo moderno, para ser aquel que está entre la ausencia de imagen y aquel que es la imagen, siendo este ahora el axioma básico, ya no de la salvación pero sí de la mera existencia, de la mera realidad. La revolución tecnológica, económica y cultural de la segunda mitad del siglo XX - con énfasis en las últimas tres décadas - conllevó la abertura del Yo al Otro a una escala planetaria, al mismo tiempo que, al redefinir la realidad en función de la emergencia hiperreal flexible en cronotopos, creó una nueva estructura de la diferencia que pone en causa el proyecto antropológico de una comunidad humana global al tomar el espectáculo como programa urbanístico.

Teniendo en cuenta todo este cuadro, de hecho todo un programa de hiperrealidad es puesto en marcha en la constitución de una ciudad espectacular. Tal como en la transición de paradigma en el siglo XIX, la ciudad se convierte en el palco donde se siente la tensión entre un mundo basado en presupuestos orgánicos y un mundo basado en presupuestos espectaculares. La invasión de la vida urbana, pensada y practicada, por la hiperrealidad, la portabilización de las unidades temporales y espaciales, antes adscritas a posiciones centrales y periféricas, así como la completa mercantilización espacio-temporal según una práctica de la secuencia seducción-espectáculo / consumo-resgate en todo lo real, creó el miedo y la fascinación en que vivimos. Y es ante este miedo y a esta fascinación que el sistema mediático-publicitario, sustentado por empresarios y políticos, científicos aplicados y artistas, va instituyendo un programa de espectacularización de lo real. Es este programa que va a dar existencia hiperreal y, por consiguiente, calidad de vida, a los diversos nexos espacio-temporales donde se desenvuelve más generalmente la vida cotidiana de las personas sin, no obstante, olvidar la ciudad definida entre centro y periferia, o sea, la ciudad orgánica. Así, se espectacularizan los centros históricos, al mismo tiempo que se da una mediatización, digitalización, macdonaldización y «condominação» de la ciudad. Todos los locales parecen constituirse como potenciales nexos espacio-temporales del programa de seducción-espectáculo / consumo-resgate y es esa potencialidad que la ciudad-espectáculo va consiguiendo.

Esq. VI



Críticas para una ciudad mejor

Cuando el espacio se hace demasiado compacto para comportar las diferencias culturales que en él existen, las ciudades recorren a imaginaciones más o menos infernales o más o menos paradisíacas para reinstalar la jerarquía y el orden social. De una forma o de otra, en nombre de la calidad de vida de unos se descalifican otros y, por veces, incluso partes enteras de una ciudad. La ciudad mecánica, orgánica y espectacular, expiatoria o de rescate, sustentada en estrategias infernales o paradisíacas de la diferencia, está siempre condenada a su propia destrucción por la saturación del modelo en la construcción de la diferencia que se proponía inicialmente.

La ciudad espectacular construye la diferencia en función de la integración del Yo en un palco, en una pantalla, en fin, en un espectáculo, por oposición al Otro que del está ausente en el olvido. En esta espectacularización urbana, hay cronotopos, como los de la *macdonaldización*, esencialmente representada por los *shopping centers*, y los de la patrimonialización, esencialmente representada por los Centros Históricos que pueden realizar la espectacularización de todos. Por el contrario, la «condominação» es uno de los mayores desafíos en el cambio de paradigma socioespacial al constituirse las microciudades como ritual de aculturación-enculturación metropolitana, al mismo tiempo que el sistema mediático-publicitario las

propone como *apartheids* urbanísticos orientados apenas al espectáculo de sí para sí de algunos escogidos. Una Antropología crítica de este paradigma socioespacial y de esta política de la diferencia, aunque lo critique como un todo, tendrá la obligación de empeñarse en potenciar los cronotopos espectaculares abiertos a todos y de todos, en una profunda discordancia de la construcción de cronotopos como espectáculo apenas de algunos, y de toda y cualquier ideología que procure constituirse en su defensa o exhortación.

Porque sólo cuando el urbanismo aprende la multiculturalidad podremos tener una ciudad mejor: una ciudad que sea un verdadero sistema de convivencia de culturas. La verdadera calidad de vida sólo puede pasar por un urbanismo de edificios multiculturales en calles multiculturales, en barrios multiculturales. Este urbanismo antropológico, del compartir cotidiano de las diferencias, es la única salvación de nuestro futuro como seres urbanos.

Notas

¹ Texto traducido e apresentado com o apoio da Fundação para a Ciência e a Tecnologia.

² A pesar de evitar la citación, es evidente que soy deudor de Guy Debord (1991 y 1995) en todo este punto, así como es notoria su influencia en el análisis que hago en el capítulo IX.